



8A. Miradas creyentes (5)

Por Mercedes Arbaiza
Historiadora
De la Asociación de Comunidades Cristianas
Fe y Justicia

¿Qué nos esta pasando?

El día 5 de Abril acabamos nuestra tercera semana de confinamiento. Coincide con el domingo de Ramos, una fiesta que anticipa un tiempo litúrgico central para la comunidad cristiana, la Semana Santa. Siento que el tiempo litúrgico se nos ha vuelto loco y que estamos viviendo, por anticipado, el tiempo de la Pasión. En sus tres dimensiones. Me refiero a la experiencia eucarística de la mesa compartida por un lado, al sinsentido de la muerte por otro, y, por qué no, a la interrupción de algo nuevo, de una vida que se revela en los intersticios de los bordes de lo establecido. Es como si el virus hubiera irrumpido atravesando el calendario que habíamos programado nosotros. Percibo que se abren huecos o, si se prefiere, fisuras, desde donde brota algo nuevo, de forma inesperada y, sobre todo, que debilita todo el sistema anterior. Yo diría que es un tiempo de experiencia de algo extraordinario.

¿Qué nos esta pasando?

Desde aquel decreto de alarma que nos dejó en un estado de shock emocional- que lejos nos queda ¿verdad?- experimento un estado de descentramiento colectivo. Nos hemos visto obligados a retirarnos y a parar nuestra inercia, a abandonar nuestros centros. Curioso. Cuarentena y cuaresma coinciden. Nos sentimos extraños entre otras razones, porque hemos perdido el timón del tiempo con el que gobernamos nuestras vidas. Durante estas semanas el mundo tiene su autonomía.

Y es en este estado de descentramiento cuando se nos revelan acontecimientos hasta ahora algo esquivos, quizás ocultos. Hemos aprendido el auténtico valor de tocarnos y besarnos; nos solidarizamos con quienes entregan su vida, nuestras héroes; escuchamos la soledad del anciano que espera su hora. Nos indignamos por el abandono de lo común, de nuestro sistema público de protección social. Son días, a la vez, de una gran sensibilidad cultural. A través de la poesía, las canciones y otras expresiones culturales nos acariciamos y nos consolamos. De repente nuestra prioridad es cuidarnos, unxs a otrxs. Algo en nuestras entrañas se nos ha removido. Somos samaritanas. No podíamos pasar de largo. ¿No creéis que de alguna forma ya vivimos aquella promesa de la mesa compartida de la eucaristía?

¿Qué nos está pasando?

Escuchamos en directo el grito desde las UCIs, la enorme angustia de la insuficiencia respiratoria. Y mientras algunxs arriesgan su vida para salvar las de nuestros amigos y familiares, a quienes no conocen, todos lloramos y aplaudimos a la vez. Muchos han perdido el trabajo. Tenemos miedo, mucho miedo. Nada parece tener sentido, todo parece disonante e imprevisible ¿Cómo nos podía ocurrir esto a nosotros? ¿No os parece que estamos viviendo la Pasión en primera persona? Compartimos el trauma o el shock de aquellos discípulos de Jesús, cuando de forma totalmente inesperada, es colgado en la cruz como un delincuente. Nada más distópico.

Es un tiempo de interrupción, que no suspensión. Esta sería, a mi juicio, la tercera dimensión de lo extraordinario de esta experiencia. Algo nuevo irrumpe, hay algo que atraviesa el COVID 19 sin que sea propio del virus. Una experiencia disruptiva, que desborda nuestra percepción del mundo, nuestras relaciones entre nosotrxs y con el mundo. De forma esquiva, el COVID 19 nos desvela algo.

El virus19 viaja a sus anchas por el mundo, y contagia a una velocidad inusitada, haciendo ineficaces los cordones sanitarios. Hoy todxs hablamos de lo mismo y a la vez. Experimentamos, de forma simultánea en tiempo y espacio, una amenaza que nos obliga a reaccionar colectivamente. Es como si los monólogos del mundo de internet, o las pequeñas comunidades de pertenencia se hubieran quedado muy pequeñas. A su vez, y esto es más importante, todos nos sentimos vulnerables. El virus se ha instalado en la comunidad difuminando algunas barreras sociales y territoriales. No hay grupos de contagio, no hay un "otro" al que temer. No hay un enemigo exterior. ¡Por fin!. Todos somos portadores. Viaja a lomos de los cuerpos más jóvenes y saludables, los que más se mueven y ataca a los más vulnerables, los ancianos. Experimentamos cómo nuestras prácticas y movimientos, tienen consecuencias sobre otros, y especialmente sobre los más débiles. El COVID 19 nos vincula a todos, atraviesa edades, generaciones e identidades. El paradigma de la diferencia en el que vivimos en este tiempo postmoderno se nos resquebraja.

Hagamos memoria de la Pasión de Jesús a partir de este éxtasis o alteración colectiva, de lo acontecido estas semanas. Y como aquellas primeras comunidades cristianas, las de los orígenes, proclamemos que algo nuevo ha sucedido. Y tomando las palabras de Pablo expresemos nuestra fe en un único Dios, y en Jesús, su Hijo, sobre una certeza, quizás frágil, y que debemos cuidar entre todos, la de una nueva fraternidad universal. "Por que uno sólo es el pan, aún siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un mismo pan" (1 Cor, 10,17)..

Bilbao, 8 de abril de 2020